

Miércoles, 11 de julio de 2012

Es medianoche y estoy sentada en el porche de un hotel de Maui. El rumor de las olas que se estrellan contra la orilla actúa como un sedante, aportando un poco de paz al desbarajuste que llevo dentro. Cuesta creer que ahora sea viajera y experta de arte en lugar de la clásica camarera que a duras penas llega a fin de mes. Yo. Rebecca Mason. Viajera. Me parece tan increíble como todo lo que me ha pasado a lo largo de este último año.

Mi nuevo amante está a pocos metros de mí, desnudo y apuesto bajo las sábanas de la cama del hotel, satisfecho tras una noche con cena, copas y sexo apasionado. Sexo. No tengo más remedio que llamarlo así. No puedo hablar de amor, por más que para él sea precisamente eso. Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Daría lo que fuera, ya lo creo que sí.

¿Por qué no estoy en la cama, pegada a ese cuerpo fibroso, disfrutando de su sensualidad masculina? Debería, pero el móvil que tengo en el regazo me lo impide. «Él» me ha dejado un mensaje pidiendo que lo llame. «Él», el mismo hombre al que no puedo olvidar, al que deseo con toda mi alma: su tacto, sus besos, el siniestro azote del flagelo contra mi piel, que me proporciona placer y dolor a un tiempo.

Estoy luchando contra el impulso de marcar su número, mientras me voy diciendo que no debo hacerlo. Mi nuevo amante merece algo mejor... igual que yo merezco algo mejor de lo que mi amo me ha ofrecido nunca. Llamarlo sería una falta de respeto hacia esa persona que acaba de entrar en mi vida y hacia

mí misma. Si su voz no hubiera sonado tan desesperada por hablar conmigo... lo cual es una locura. El hombre al que yo conocí nunca mostraba desesperación.

Estas últimas semanas han sido un viaje maravilloso de pasión y exploración, en el dormitorio, sí, pero también a lo largo y ancho del mundo. Debería estar gozando de todo eso y del hombre que me lo ha facilitado. Es guapo, rico y sexy en todos los sentidos posibles, aunque no es su dinero lo que me atrae. Es la pasión que pone a la hora de ganar dinero, de vivir su vida, de hacerme el amor. Demuestra una infinita confianza en sí mismo, no se disculpa por nada, se siente a gusto en su propia piel y, sin embargo..., no es el hombre al que un día llamé «amo» y jamás podría considerarlo como tal. No entiendo por qué no estoy enamorada de él. No entiendo por qué, aunque me lo pidiera (y no lo haría) jamás me plantearía siquiera la idea de someterme a él.

Si soy sincera conmigo misma, creo que el motivo por el que no me puedo rendir a este posible amor es muy sencillo. «Él» sigue siendo el amo de mi corazón y de mi alma, incluso de mi mente.

Pese a todo, no me quiere. Ni siquiera cree en el amor. Me lo ha dicho demasiadas veces como para que lo ignore.

Me despedí de él en su día y no lo llamaré. Sé que, si lo hiciera, sería mi perdición. Volvería a atraparme en su hechizo. Volvería a estar... perdida.

1

«No hay nada que hablar. Nada de medias tintas. O todo o nada, Sara. Esta es mi oferta y eres tú quien debe decidir si estás dispuesta a aceptarla. He hecho una reserva a tu nombre en American Airlines. Yo estaré en el avión. Espero que tú también.»

Chris pronunció su ultimátum y su fecha límite, y me dejó sentada en la cama de mi desaparecida mejor amiga con la mirada clavada en aquel umbral vacío que él había llenado hacía unos instantes. Las emociones que se arremolinan en mi interior me sumen en la confusión. Me estuvo buscando y me encontró aquí. Después de la devastadora pelea que protagonizamos ayer por la noche, sigue queriendo que lo acompañe a París. Quiere «recuperar lo nuestro». ¿Y cómo espera que lo deje todo y me marche con él así, de la noche a la mañana? No puedo irme sin más, pero... Él se va. La mera idea de perderlo me quita el aliento y, en mi fuero interno, sé que si lo dejo marchar lo perderé. Tenemos que hablar. Tenemos que aclarar lo sucedido ayer por la noche antes de viajar a París.

Palpo la cama hasta encontrar el móvil y busco el nombre de Chris para llamarlo. El corazón me martillea el pecho mientras aguardo respuesta.

Ring. Ring. Ring. Ring.

Su voz, profunda y con ese toque ronco tan sexy, suena al otro lado de la línea. Es el mensaje de su contestador. Me peino con los dedos la melena castaña mientras la impotencia se apodera de mí. «No. No. No.» Esto no está pasando. No puede estar pasando. Es demasiado, después de que Ava intentara matarme ayer por la noche. ¿Por qué Chris no entiende que no me puede pedir tanto ahora mismo? Tengo ganas de gritarle al teléfono.

Vuelvo a marcar, oigo la insufrible señal de llamada una y otra vez, y escucho de nuevo el mensaje de su contestador. ¡Maldita sea! Intentaré pillarlo en casa antes de que parta hacia el aeropuerto.

Me levanto y me apresuro hacia la puerta. Me tiembla la mano cuando cierro con llave. Rezo para que Ella regrese sana y salva de su viaje a Europa. No puedo evitar comparar su silencio con el de Rebecca. Me estremezco cuando enfilo por el oscuro pasillo que discurre ante la entrada del apartamento de Ella. Ojalá estuviera aquí Chris para rodearme con sus brazos. Ojalá pudiera olvidar el horror de saber que Ava asesinó a Rebecca y que intentó matarme a mí.

Una vez en el aparcamiento, echo un vistazo al edificio de apartamentos y se me retuercen las entrañas. «Ella está bien», me voy prometiendo a mí misma mientras desbloqueo mi Ford Focus plateado y me siento al volante. Y soy muy consciente de que tengo dos razones para viajar a París: Chris y Ella. Las dos son buenas.

El viaje al apartamento que comparto con Chris dura apenas quince minutos, pero a mí me parece una eternidad. Cuando por fin apago el motor delante del lujoso rascacielos, soy un manojo de nervios. Le tiendo las llaves al vigilante, un chico nuevo que no conozco.

—Déjelo a mano, por favor.

Ese mínimo gesto ya delata mis intenciones de ir al aeropuerto.

Puede que lo haga, admito para mis adentros, pero eso no implica que vaya a subir al avión. Aún no. Así, no. Convenceré a Chris de que retrase el viaje.

Apenas piso el vestíbulo, echo a correr hacia el ascensor. Y en cuanto se cierran las puertas, un nerviosismo absurdo ante la idea de verlo se apodera de mí. Qué locura. Pero si se trata de Chris. No tengo motivos para estar nerviosa. Lo quiero. Lo quiero como jamás he amado a ningún ser humano. Todo eso no quita para que el ascenso hasta el piso veinte se me haga interminable y lamente no haberle preguntado al vigilante si Chris estaba en casa.

—Por favor, que esté en casa —susurro cuando me acerco a mi destino—. Por favor, que esté en casa.

Suena la campanilla del ascensor y la puerta se abre por fin. Me

quedo un momento mirando embobada la entrada a nuestro apartamento. Nuestro apartamento. ¿Seguirá siendo nuestro si no lo acompaño a París o pasará a ser sólo suyo? La semana pasada se enfadó conmigo, me gritó cuando intenté consolarlo por la muerte de Dylan, el niño que el cáncer le arrebató, en lugar de dejar que le ayudara a superar el dolor. Me hizo sentir como una intrusa en el hogar que comparto con él. Juró que no volvería a pasar, que se aseguraría de que jamás tuviera que experimentar ese mismo sentimiento en el futuro; pero el futuro es ahora y ya me siento así.

Perdida sin él.

—Chris —lo llamo en cuanto piso el recibidor, pero únicamente me responde el silencio.

Avanzo dos pasos y me siento más vacía por dentro que nunca en mi vida. No está. Se ha ido.

Despacio, me vuelvo a mirar el salón a doble nivel, las grandes cristaleras que se extienden del suelo al techo, donde el alba empieza a teñir la ciudad. Los recuerdos inundan mi mente, infinidad de imágenes que nos muestran a Chris y a mí en esta habitación, en este mismo apartamento. Noto su aroma, casi puedo saborearlo. Siento su presencia. Necesito sentirla.

Enciendo una luz de ambiente y algo en la ventana capta mi atención. Una nota impresa. Un dolor se aloja en mi pecho cuando recuerdo que Chris y yo follamos una vez en ese mismo lugar exacto, donde experimenté ardor, pasión y, vale, también miedo a caer. Y caí rendida. A sus pies.

Bajo los cuatro peldaños y, dejando atrás los muebles, arranco la nota de la ventana.

Sara,

El vuelo sale a las nueve. Tienes que estar allí con una hora de antelación para pasar los controles de seguridad. El horario de facturación es muy estricto en los viajes internacionales. El vuelo es largo. Ponte ropa cómoda. Jacob te esperará abajo a las siete. De ese modo contaréis con un amplio margen de tiempo para

llegar al aeropuerto aunque haya tráfico. Si es que al final decides venir.

Chris

Nada de «te quiero». Ni «por favor, ven».

Tampoco lo esperaba. Chris es así, y si bien no estoy al tanto de todos sus secretos, lo conozco. Sé que me está poniendo a prueba. Quiere que la decisión sea mía, no desea que sus palabras me influyan. Por eso no está aquí.

De repente, lo veo todo claro: comprendo a qué viene todo esto. Intuyo lo que está pensando. Lo conozco. Mi propio pensamiento me consuela. En los aspectos que importan, lo conozco.

Me doy media vuelta y miro el reloj que hay junto a la puerta de la cocina, a mi izquierda. Trago saliva con esfuerzo. Son casi las seis. Tengo una hora para decidir si abandono el país con Chris y hacer el equipaje.

Me dejo caer al suelo, apoyada en la misma ventana contra la que me apoyé aquella noche, cuando me trajo a esta casa por primera vez. Estoy agotada y me siento tan desnuda y vulnerable como entonces.

Una hora. Tengo una hora para poner rumbo al aeropuerto si acaso decido ir. Llevo los vaqueros sucios de tierra por culpa de esa demencia que me arrastró por el suelo cuando intentó matarme, mi cabello parece una cortina larga y oscura, tan agobiante como mis pensamientos. Necesito una ducha. Necesito dormir.

Tengo que tomar una decisión ya.

Vestida con un chándal de terciopelo negro y pertrechada con una maleta en bandolera, miro la puerta cuya señal anuncia «DFW/Dallas» y «París». Creo que me va a estallar el corazón.

Estoy aquí. Voy cargada con una maleta. Tengo una tarjeta de embarque. Inspiro con dificultad y pienso que debo de estar hiperventilando, algo que sólo me ha pasado dos veces en toda mi vida. Una vez, cuando me dijeron que mi madre había muerto de un ataque al cora-

zón y, otra, en el guardamuebles de Rebecca, cuando se fue la luz. No sé por qué me está pasando ahora. Me estoy poniendo histérica, maldita sea.

Me llaman por megafonía. Tengo que embarcar.

No sé muy bien cómo lo hago, pero consigo dar un paso adelante y levantar la mano para indicarle a la azafata que estoy aquí. Le tiendo el billete sin verla siquiera y me falla la voz cuando respondo a preguntas que olvido a los dos segundos. Tengo que respirar con normalidad o acabaré por desmayarme; sin duda estoy hiperventilando. Pero qué mema soy. ¿Es que nunca voy a dejar de ser tan insegura?

Me flaquean las piernas cuando me echo al hombro la maleta Louis Vuitton que Chris me regaló justo antes del viaje que hicimos a Napa para conocer a sus padrinos.

Ahora estoy en el pasillo de embarque. Al doblar el recodo me da un brinco el corazón. Chris me espera en la puerta del avión con esa pinta tan masculina y tan suya que ofrece cuando se enfunda sus vaqueros, su camiseta azul marino y sus botas de motero. Con la barba de dos días y la melenita desgreñada, encarna la típica imagen de un tío duro. Y todo se desvanece salvo él, todo vuelve a ponerse en su lugar.

Echo a correr hacia Chris, que me recibe a medio camino para rodearme con sus brazos cálidos y fuertes. Su adictivo aroma, intenso y terroso, invade mis sentidos. Estoy viva, respiro con normalidad, todas mis dudas se disipan. Le pertenezco.

Lo abrazo a mi vez, pegada cuanto puedo a su fuerte cuerpo. Acerca su boca a la mía y ese sabor tan suyo, especiado y masculino, me abruma en el mejor sentido posible.

Estoy en casa. Estoy en casa porque estoy con él. Y lo beso como si fuera la última vez, como si estuviera muerta de sed y sólo él pudiera aplacarme. Y creo que es así. Él siempre ha sido la respuesta a la pregunta de qué le faltaba a mi vida, incluso antes de conocerlo.

Despega los labios de los míos y quiero volver a atraerlo, saborearlo un rato más. Otra vez me cuesta respirar, pero este ahogo de ahora se debe a la emoción y a la necesidad. A la pasión.

Me aparta la sedosa melena de la cara, que ahora huele a champú, y me mira con sus graves ojos verdes.

—Dime que estás aquí porque así lo deseas y no porque te sientas obligada.

—No te marcharás sin mí —le prometo, y espero que entienda lo que implican mis palabras.

No he dicho que no vaya a marcharse, sino que no lo hará sin mí.

Se hace una luz en sus ojos que cala en las profundidades de su inquisitiva mirada.

—No quería obligarte —dice con su voz grave y atormentada. Este hombre vive en un estado de angustia permanente que estoy decidida a disipar. Titubea—. Es que necesitaba...

—Ya sé lo que necesitabas —susurro, estrechándole el mentón con dos dedos. Ahora entiendo lo que debería haber entendido desde el principio—. Necesitabas saber que te quiero tanto como para hacer esto. Necesitabas saberlo antes de que descubra lo que sea que me espera en París.

—Señor Merit, vamos a despegar —nos avisa una azafata desde la puerta.

Ninguno de los dos la mira. Nos miramos el uno al otro y veo las emociones que rozan su semblante, los sentimientos que sólo demuestran ante mí. Y eso me enorgullece. A mí me deja ver lo que nunca le ha mostrado a nadie.

—Última oportunidad para que te eches atrás —me susurra, y noto un matiz de inseguridad en su voz, un ramalazo de lo que me parece miedo en sus ojos.

¿Miedo a que me eche atrás?

Sí, eso creo, pero hay algo más. También tiene miedo a que siga adelante, miedo a lo que aún me queda por descubrir. Y no puedo evitar asustarme también, en vista de que conozco facetas bastante oscuras de Chris. ¿Qué nos espera en París? ¿Por qué está tan convencido de que me va a horrorizar?

—Señor Merit...

—Ya —replica con brusquedad, sin despegar los ojos de mí—. Es la hora, Sara...

—Sea lo que sea —le digo—, puedo afrontarlo. Podemos afrontarlo.

Lo recuerdo defendiendo mi honor delante de mi padre y de mi ex. Chris me da lo que yo quiero por el mero hecho de abrirme las puertas cerradas de su vida, de sus emociones, y no lo lamentaré. Lucharé por él, por nosotros.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Vámonos a París.

En el avión, mis esperanzas de disfrutar de un poco de intimidad se esfuman en cuanto nos detenemos en la primera fila y descubro que una anciana ataviada con una escandalosa camisa lila ocupa el asiento de pasillo contiguo al nuestro. Me obsequia con una sonrisa tan descaradamente amistosa como su camisa tropical, una sonrisa que le devuelvo con cierta dignidad, teniendo en cuenta la carga emocional que llevo a cuestas, por no hablar de mi miedo a volar.

Chris me cede el paso y yo me acomodo junto a la ventanilla mientras él guarda mi maleta en el compartimento superior. Este hombre que se ha convertido en toda mi vida me tiene deslumbrada. Sigo con la mirada los apuestos rasgos de su cara, la anchura de sus hombros, la tensión de sus músculos bajo la ceñida camiseta. Y sólo con pensar en el delicioso poder que emana cuando no lleva nada encima salvo el vívido dragón tatuado en rojos, amarillos y azules que ahora le asoma por debajo de la manga derecha, entro en combustión. Adoro ese tatuaje y el vínculo que representa con un pasado que estoy a punto de descubrir. Le adoro.

Después de cerrar el compartimento, Chris le murmura algo que no alcanzo a oír a nuestra vecina de asiento, que le responde con una sonrisa. Yo sonrío a mi vez al contemplar la escena, hasta que advierto una nota de desolación en los ojos de Chris y me acuerdo del dolor que esconde tras todo ese encanto. Mi decisión de acompañarlo a París es acertada, no me cabe la menor duda. De algún modo, sea como sea, pondré fin a ese tormento.

Cuando Chris se acomoda en su asiento, echo una ojeada a la tiritita que lleva en la frente y luego al vendaje que le cubre el brazo. Sabía que ayer por la noche se había hecho un corte en la cabeza, pero no me di cuenta de que se hubiese lastimado el brazo también.

Se me encoge el corazón al pensar que podría haber muerto cuando estrelló la moto contra la hierba para salvarme la vida.

—¿Cómo estás? —le pregunto, posándole la mano en el vendaje con sumo cuidado.

—Lo de la cabeza no ha sido nada al final. La herida del brazo me pilló por sorpresa, pero unos cuantos puntos y todo arreglado. —Su mano cubre la mía, grande y cálida. Maravillosa—. Y la respuesta a tu pregunta es: estoy perfectamente. Tú estás aquí.

—Chris. —El nombre surge como una sedosa descarga de emoción contenida. Hay tantos sobreentendidos entre nosotros, tanta tensión nacida de la pelea que mantuvimos antes de que me marchara a casa de Mark y de que él me siguiera...—. Yo... —Una carcajada procedente de la fila trasera me interrumpe, recordándome que carecemos de intimidad—. Tenemos que...

Se inclina hacia mí para besarme, una suave caricia de labios contra labios.

—Hablar. Ya lo sé. Y lo haremos. Cuando lleguemos a casa, lo arreglaremos.

—¿A casa?

—Cariño, ya te lo he dicho. —Me toma la mano y entrelaza los dedos con los míos—. Todo lo mío es tuyo. Tenemos una casa en París.

Claro que tiene una casa en París. No me había parado a pensarlo hasta ahora. Mi mirada se posa en nuestras manos enlazadas y me pregunto: ¿tendré la sensación de que esa casa también es mi hogar?

Chris me empuja la barbilla con un dedo para que lo mire a los ojos.

—Todo se solucionará cuando lleguemos —repite.

Analizo su semblante, buscando en él la seguridad que necesito para confiar en su promesa, la confianza que un hombre que lo tiene

todo bajo control me infundiría, pero no encuentro lo que busco. Las sombras de sus ojos revelan dudas. No está seguro de que vayamos a arreglar las cosas. Y como él no está seguro, yo tampoco.

Sin embargo, hará lo posible, y yo también. Tendré que conformarme con sus palabras por ahora, pero ambos sabemos que eso no bastará en el futuro. Ya no.

Viernes, 13 de julio de 2012

Lo he llamado.

No debería haberlo hecho, pero lo he llamado, y el mero hecho de oírle decir «Rebeca» con esa voz suya tan profunda y aterciopelada ha sido prácticamente mi perdición. En teoría, mañana parto hacia Australia, pero no estoy segura de poder hacerlo. No sé si es justo para mi nuevo amante; no en vista de que sigo enamorada de mi amo.

Y esta noche ha sido distinta. «Él» me ha hablado como algo más que un amo. Esta noche se ha portado como un hombre capaz de reconocermme como mujer y no sólo como sumisa. Su voz sonaba vulnerable. He distinguido pura necesidad e incluso súplica. ¿Me atreveré a creer que está dispuesto a descubrir la existencia del amor?

Ahora mismo estoy nadando en el mar de sus promesas. Dice que todo cambiará si vuelvo a casa. Se ha referido a San Francisco y a su casa como mi hogar. Quiere que me vaya a vivir con él, que me deshaga del apartamento y del plan B que representa. No habrá contrato. Sólo él y yo, juntos.

Quiero que estemos juntos. Necesito que estemos juntos. Y entonces, ¿a qué viene este mal presentimiento que tengo, la misma sensación que me rondaba cuando sufría aquellas horribles pesadillas sobre mi madre? ¿Qué peligro puede entrañar que acuda a él, aparte de la angustia? Y un poco de angustia no es nada comparada con la posibilidad de descubrir si estar juntos de verdad implica lo que siempre he intuido...

2

Me despierto desorientada, con la bruma del sueño aún flotando en mi mente, y veo a Chris tendido delante de mí, con los ojos cerrados, dormido. Una voz extraña se cuela entre la niebla y recuerdo que estoy en la primera clase del vuelo internacional que he tomado en Dallas hace varias horas. Una azafata habla en francés por los altavoces, pero sólo entiendo la palabra «París».

Me concentro en Chris, en su boca sensual, ahora tan relajada, en su pelo revuelto, tan adorable. Sonrió al pensar cómo reaccionaría si supiera que me refiero a él con el término «adorable», y acerco los dedos a su mejilla para repasar con suma suavidad el contorno de su fuerte mandíbula. Es apuesto, pero no al modo clásico, como Mark, sino duro y varonil, absolutamente masculino. Tampoco estoy segura de que Mark me siga pareciendo guapo. Ya no sé qué pensar de Mark.

Las pestañas de Chris aletean y esos ojos suyos, verdes y brillantes, buscan los míos.

—Eh, cariño.

Me toma la mano con la que ahora resigo sus labios y me besa la palma. El contacto me provoca un cosquilleo en el brazo que se extiende hacia el pecho y se aloja debajo de mi vientre.

—Eh —le digo—. Creo que estamos a punto de aterrizar en París. —La azafata habla en inglés, confirmando mi suposición—. Antes lo ha anunciado en francés y, como bien sabes, yo no hablo una palabra de francés.

—Ya lo arreglaremos —promete mientras colocamos los respaldos en posición vertical.

Resoplo con delicadeza.

—No te hagas ilusiones. La región de mi cerebro encargada de la gramática de lenguas extranjeras está averiada.

Me atuso el pelo, convencida de que estoy hecha un desastre. Si no fuera porque Chris me ha visto vomitando y aún me quiere, me sentiría insegura. Aunque me parece que estoy demasiado cansada como para sentirme insegura.

—Te sorprenderá lo deprisa que lo pillas sólo de oírlo por todas partes —me asegura—. ¿Quieres que te enseñe cuatro cosas mientras aterrizamos? Es la parte del vuelo que más te asusta. Así te distraerás.

Niego con un movimiento de la cabeza.

—Estoy tan hecha polvo que no tengo fuerzas ni para temer que nos estrellamos. Imagínate para aprender francés.

—*Je t'aime.*

—Yo también te quiero —respondo.

He visto suficiente televisión para entender lo que ha dicho, pero mis conocimientos de francés no pasan de ahí.

Sus labios se curvan con ese gesto tan sexy que adopta al sonreír.

—*Montrez-moi quand nous serons rentrés.*

El modo en que las palabras se enroscan en su lengua me provoca una descarga de pura admiración femenina que recorre mi columna. Declaro oficialmente que he encontrado una excusa para que me guste el idioma francés.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero pronunciado por ti suena sexy de la muerte.

Chris se inclina hacia mí para olisquearme el cuello.

—Así pues, lo repetiré —musita—. *Montrez-moi quand nous serons rentrés.* Demuéstrame lo mucho que me quieres cuando lleguemos a casa.

Y así, sin más, se me pasa el cansancio de sopetón y estoy deseando conocer mi nuevo hogar. ¿Qué podría ir mal aquí, en París? Hay arte, cultura e historia para dar y tomar. Nos aguardan nuevas aventuras. Tenemos toda una vida por delante. Y estoy con Chris.

Cuando descendemos del avión, me animo a mí misma a emocionarme ante la idea de haber llegado a París, la ciudad de la luz y del amor, pero no lo consigo. Vuelvo a estar para el arrastre e incluso Chris reconoce que necesita descansar. Ahora en serio, estoy deseando llegar a casa para acostarme en una cama de verdad con Chris.

Dejando atrás el pasillo de desembarque, accedemos al aeropuerto, que se parece a cualquier otro. Señales en inglés y francés nos indican el camino. En Estados Unidos los carteles estarían en inglés y español, así que me siento como en casa y eso me reconforta. A lo mejor resulta que soy capaz de defenderme aunque no hable francés.

Nos internamos en un pasillo móvil que nos transporta por un sinuoso túnel subterráneo. A un lado, veo una engorrosa escalera mecánica que sube y baja por distintos niveles. No me puedo creer que alguien la use. ¿Por qué sube y luego baja? Me parece ilógico y desconcertante, y mi sensación de bienestar desciende en picado.

De repente, nuestras maletas aparecen en la cinta transportadora que discurre junto a nuestros pies. Chris me atrae hacia sí, absorbiendo mi cuerpo con el suyo. No lo miro. No quiero que se dé cuenta de lo mosqueada que estoy. Además, es tierno y maravilloso, así que le devuelvo el abrazo, aspiró ese aroma que tanto me gusta y me recuerdo a mí misma que él es la razón de que haya venido hasta aquí. Eso es lo que importa.

—Eh —dice con dulzura.

Se echa hacia atrás y me levanta la barbilla con el dedo, para que no pueda escapar a su inspección.

Al mirarlo a los ojos, descubro preocupación en su expresión. Nunca deja de sorprenderme y de complacerme que un hombre capaz de hallar placer en el dolor dé muestras de tanta ternura y sensibilidad.

Me pongo de puntillas y le rozo los labios con los míos.

—Sólo estoy cansada.

Aparto la boca para repasar con los dedos la sensual curva de sus labios.

Atrapa mi mano y la retiene ahí.

—Sabes que no me trago ese cuento, ¿verdad?

Sonrío de mala gana.

—Estoy deseando estar a solas contigo.

Y es verdad, ya lo creo que sí.

Me pasa la mano por debajo del pelo con ademán protector, posesivo, y tengo la sensación de que intenta retenerme, como si yo pudiera cambiar de idea y marcharme en cualquier momento.

—Ya somos dos, nena —murmura.

Le prometería que no me iré a ninguna parte, pero no estoy segura de que, hoy por hoy, las palabras importen. Los actos, en cambio, sí. El hecho de que yo esté aquí. De que esté dispuesta a capear el temporal que por lo visto se avecina sin abandonar el barco.

Al otro lado del túnel nos aguardan restaurantes y tiendas en la zona de la izquierda y una enorme cola para los controles de seguridad que se retuerce hasta el infinito.

—Cuánto me alegro de no tener que ponerme en esa cola —respiro aliviada.

—En realidad, sí —responde Chris compungido—. Tenemos que enseñar el pasaporte antes de acceder al vestíbulo.

Me detengo en seco y me vuelvo a mirarlo.

—No. Por favor, dime que no tenemos que hacer esa cola, con lo cansada que estoy.

Se cambia las maletas de hombro.

—Seguro que no nos lleva tanto rato como parece.

—Dijo el recepcionista a pesar de la atestada consulta del médico —replico con un suspiro—. Antes tengo que ir al baño.

Se inclina hacia mí para plantarme un beso en la frente.

—Me parece un buen plan. Yo también iré.

Nos separamos en los servicios, cuyo cartel reza «toilette». La palabra «toilette» me parece de pésimo gusto, y mientras entro en los concurridos aseos me pregunto si los franceses pensarán lo mismo de «servicio». Hay una fila de un mínimo de cinco mujeres por delante de mí, pero sólo dos lavamanos y otras tantas cabinas. Tengo para rato.

Una mujer me mira de arriba abajo al pasar, deteniéndose en mi

cara, y me pregunto si parezco más americana de lo que pensaba. Tampoco sé qué aspecto tienen las americanas. Yo podría pasar por francesa. Creo. Mi móvil emite una señal. Cuando lo saco del bolso, encuentro un mensaje de mi compañía, que viene a decirme que usar el teléfono me costará una pequeña fortuna si no ajusto el plan. Uno de los muchos problemas que tendré que solucionar, sospecho.

Alzo la vista cuando la cola avanza. Otra mujer me mira fijamente y empiezo a preguntarme si no habré provocado algún desaguisado cuando me he lavado los dientes y me he pintado los labios en el avión. ¿Me habré pintarrajeado la cara con rojo de labios? Busco un espejo, pero no lo hay. ¿Qué? ¿No hay espejos? Ninguna americana toleraría algo así. Las mujeres no pueden ser tan diferentes entre sí, por más que hayan nacido en países distintos, ¿verdad?

—¿Hay un espejo en alguna parte? —pregunto a la concurrencia del servicio, pero todas me miran impertérritas—. ¿Inglés?

Más miradas impávidas, aunque dos niegan con la cabeza. Genial.

Suspiro resignada, convencida de que estoy hecha un desastre, y lamento no haber conservado el neceser del maquillaje y el espejo en el bolso, en vez de guardarlos en la maleta que Chris se ha llevado consigo. Echo un vistazo a la hora que marca el móvil e intento buscar el horario internacional, sin conseguirlo. Aquí está a punto de amanecer y creo que hay seis u ocho horas de diferencia con San Francisco. ¿O son nueve? Da igual, si no me voy a dormir pronto, jamás me adaptaré al cambio de horario.

Cuando por fin salgo del servicio, voy con tantas prisas que choco contra un cuerpo musculoso. Ahogando una exclamación, alzo la vista al mismo tiempo que unas fuertes manos me sostienen para que no pierda el equilibrio.

—Perdone —me disculpo, y pestañeo sorprendida al ver delante de mí a un tipo alto de treinta y pico años con el pelo oscuro y revuelto, bien parecido—. No quería...

Titubeo. ¿Hablará siquiera inglés?

Él responde algo en francés y dice:

—*Pardon.*

Luego se marcha.

Un desagradable escalofrío me recorre la espalda. La inexplicable necesidad de seguirlo se apodera de mí. Cuando giro sobre mí misma me doy de bruces con Chris.

Frunce el ceño.

—¿Te pasa algo?

Sí. No. Sí.

—He chocado con un hombre y...

Chris maldice y me arranca el bolso. Bajando la vista, descubro que la cremallera está abierta. Estoy segura de que la he cerrado.

—Oh, no —me lamento. Abro el bolso para repasar el contenido y descubro que la cartera ha desaparecido—. No. No, no, no, no. Esto no está pasando. Se ha llevado mi cartera, Chris.

—¿Y el pasaporte? —pregunta con serenidad, depositando las maletas en el suelo, entre los dos.

Agrando los ojos antes de ponerme a buscarlo. Cuando niego con la cabeza estoy a punto de vomitar.

—No está. ¿Qué significa eso?

—No pasa nada, nena. He olvidado darte el carné de identidad. Aún lo tengo. Con esto bastará para entrar en Francia, aunque nos pondrán alguna pega. Y puedes usarlo en el consulado para que te hagan un duplicado.

Inspiro a fondo y soplo el aire poco a poco. Su manera de hablar de «nosotros» me tranquiliza. No estoy sola. Me va a acompañar en cada paso del camino, no sólo aquí y ahora. Lo sé, y quiero creer que eso no va a cambiar. Es una de las muchas cosas de él, de nosotros, que me han traído a este aeropuerto.

—Gracias a Dios que tienes mi carné.

Chris coge las maletas y me acaricia la mejilla.

—Debería haberte avisado de que por aquí abundan los carteristas.

—Carteristas —repito—. ¿Aquí en el aeropuerto o en todas partes?

—En todas las zonas turísticas.

Se echa las maletas al hombro.

«Bienvenida a la ciudad del amor» pienso, aunque debo reconocer que a mí el amor nunca me lo ha puesto fácil.

—Tengo que cancelar las tarjetas de crédito pero no puedo usar el móvil.

—Utiliza el mío cuando hayamos pasado el control de seguridad.

Asiento antes de cerrar la cremallera del bolso. Luego me lo cruzo en bandolera protegiéndolo con la mano.

Las circunstancias me superan. Menos mal que Chris es una roca o me dejaría llevar por el pánico. No digo que quiera largarme a casa con el rabo entre las piernas, aunque estrictamente hablando ni siquiera he cruzado aún la frontera. Tampoco podría volver a Estados Unidos aunque quisiera; un extraño me ha robado la libertad. Y también me preocupa que mis datos personales estén en manos de un desconocido.

Menos mal que no tiene mi dirección en París; ni siquiera yo la tengo.

Entonces miro a Chris y noto esa descarga que me produce siempre nuestra conexión. Rectifico. Sí que conozco mi dirección. Está junto a Chris.